

ACERCAMIENTO A LA FONTANA DE ORO

José Pérez Vidal

Propósito

Cualquier proceso de creación resulta de factores complejísimo. Ni el propio creador tiene clara conciencia de todos ellos. Incorre, pues, en gran candidez quien pretenda precisarlos de modo completo y evidente. Se puede, cuando más, esbozar a grandes rasgos el marco histórico cultural en que la creación se ha producido, señalar corrientes de diverso género que han podido contribuir a la labor creadora, indicar algunas circunstancias determinantes de esta labor.

Aquí, con la convicción de esas limitaciones, se intenta ordenar y resumir algunos de los fenómenos sociales, hechos y accidentes de diversa índole que, al parecer, favorecieron, con su concurrencia, la concepción de *La Fontana de Oro*. Porque esta obra, tenida por la primera novela española moderna, no es un producto de la Revolución de Septiembre, como, con gran simplicidad, suele presentarse, sino consecuencia, en gran medida, del mismo movimiento sociocultural que desemboca en la Septembrina.

Conciencia de cambio

Desde el comienzo de aquel tercio central del siglo, una serie de innovaciones materiales e ideológicas, que toma cuerpo entre 1848 y 1854, estaba dando lugar a cambios muy importantes en la vida y en el pensamiento.

El desarrollo de la clase media, los rápidos enriquecimientos (por las desamortizaciones, los aprovisionamientos de los ejércitos, etc.), la aplicación de nuevas fuentes de energía (el vapor, la electricidad), los comienzos de industrialización, la implantación de nuevos medios de comunicación y de transporte (el tren, el buque de vapor, el telégrafo) habían originado mudanzas tan notables, que todo el mundo se había dado cuenta de las novedades. Y no sólo se tenía conciencia de los cambios, cosa que siempre es importante, sino que, por lo común, se exageraba: «El siglo XIX es el siglo del movimiento continuo», dictaminaba «Fray Gerundio»¹; «¡Ya no hay distancias!», exclamaba, lleno de entusiasmo, Antonio Flores²; «La palabra *imposible* se ha borrado del Diccionario de este siglo», hiperbolizaba Martínez de la Rosa desde la presidencia del Ateneo³. Además, tanto como las modificaciones interiores, se observaban y admiraban los grandes acontecimientos que se estaban produciendo en el exterior: la apertura de las fronteras chinas, la construcción del canal de Suez...

La mayor facilidad de comunicaciones había despertado la afición a los viajes, a los veraneos en el extranjero —cuanto más distante más elegantes—. Y las salidas al exterior habían desarrollado un vivo afán de superación. Para todo se tomaba como meta e ideal la equiparación a los demás países europeos.

Por otra parte, los principios de industrialización habían originado el comienzo de las cuestiones sociales. Era una inquietud de la que ya nadie podía librarse. La creciente clase obrera ya tenía conciencia de clase. En 1854 las masas habían desbordado a los militares y políticos de la vicalvarada y habían esbozado una versión hispana de la revolución europea del 48. Galdós sabrá ver claramente cómo la población trabajadora, que cada vez se incorporaba más a la acción que podríamos llamar liberal, mezclaba entonces con esa tendencia el planteamiento de reivindicaciones de clase. Y así pondrá en boca de un artesano que junto a la Milicia se bate en las jornadas madrileñas de julio, estas aspiraciones:

—Venga, sí, toda la libertad del mundo; pero venga también la mejora de las clases . . . , porque, lo que yo digo, ¿qué adelanta el pueblo con ser muy libre si no come? Los gobernantes nuevos han de mirar mucho por el trabajo y por la industria”⁴.

Como resultaba obligado, la organización de la instrucción pública se había adaptado a las nuevas necesidades. Primeramente, el plan general de 1845 prestó la máxima atención a la segunda enseñanza, porque así lo reclamaban «el estado de las luces, la importancia de las clases medias y las necesidades de la industria». Después, en 1850, se crearon las escuelas artísticas y técnicas: las de Bellas Artes, las industriales, las de agricultura, comercio y náutica⁵. Y no se limitó la reforma a crear los nuevos centros; también se ocupó de enderezar al alumnado hacia ellos. Conscientes los gobernantes del apego

a los estudios tradicionales de jurisprudencia, medicina y teología, los cargaron de dificultades —matrículas más elevadas, más años, más asignaturas— para alejar de ellos a los estudiantes; y al mismo tiempo, para atraer a éstos, ofrecieron toda clase de facilidades —empezando por enseñanza gratuita— en las enseñanzas técnicas⁶. La figura del ingeniero puede considerarse uno de los índices más significativos del cambio que entonces se opera.

La reforma universitaria no había sido menos trascendente. La antigua Facultad de Filosofía, que englobaba los estudios de Letras y Ciencias, se había subdividido en tres de nueva creación: Literatura y Filosofía, Ciencias exactas, físicas y naturales y Ciencias políticas y administrativas⁷. Y a la Universidad de Madrid se le había dado una organización y una misión excepcionales. El espíritu de la universidad Complutense hacía años que se había desvanecido en los claustros alcalaínos. La Universidad de Madrid, con espíritu nuevo, intentaba llegar a ser la Universidad Central soñada por Manuel José Quintana en 1813: «un centro de luces a que acudir y un modelo sobresaliente que imitar»⁸. Trataba de auparse a la altura de los nuevos tiempos y de europeizarse. Mientras en las escuelas mercantiles y técnicas se plantean estudios de cuño anglo-francés, en la Universidad madrileña se introduce la filosofía alemana. Bien sabido es que precisamente el mismo año (1843) en que se inicia el traslado de la Universidad al edificio del exnoviciado de jesuitas, un decreto había nombrado profesor de la Facultad de Filosofía a don Julián Sanz del Río con la obligación de pasar dos años en las universidades alemanas⁹.

El cambio en las artes y las letras

Al compás de todas estas innovaciones, hacía tiempo que también se estaban produciendo cambios importantes en las manifestaciones literarias y artísticas. Por ser muy conocidos y por disponer aquí de poco espacio, pueden bastar como muestras indicadoras unas notas sobre la renovación que se estaba produciendo en la oratoria, de la que entonces tanto se usaba y abusaba.

Todavía los grandes oradores románticos como Alcalá Galiano empleaban párrafos de gran aliento; párrafos que se echaban a rodar e iban hinchándose de oraciones sucesivamente subordinadas, hasta que, al fin, remataban el giro y quedaban redondos y flotando como globos. Mas ya los oradores jóvenes, como Castelar, tendían a producir la hinchazón sobre todo por el amontonamiento de oraciones sueltas; se reiteraban las ideas, pero en expresiones independientes; la yuxtaposición gana terreno a la subordinación. Echegaray, con su mentalidad más de hombre de ciencia que de literato, dirá de la oratoria romántica que es de tipo *orgánico* y calificará de *lineal* la de la segunda mitad del siglo¹⁰.

En relación con esta variación de estilo oratorio, resulta muy significativo un hecho. En el Ateneo de Madrid, donde alternan los debates políticos y los científicos, Pacheco introduce la novedad de explicar sus lecciones sentado; quiere así acentuar el descenso a la expresión sencilla, más animada por la clara exposición de las ideas, que por una intención estética y efectista¹¹.

Con referencia al cambio general de estilo y a la conciencia que ya de él se tiene, resultan, en fin, muy valiosas estas observaciones de Sanz del Río:

Hoy miramos y estimamos las construcciones gramaticales menos en relación con el arte y la fantasía que con relación al pensamiento [...]; se descubre hoy en el discurso hablado el predominio de la construcción directa puramente indicativa, sobre la construcción adjetiva y figurada [...]; se han desterrado de nuestras construcciones numerosos términos de relación, enlace y conjunción, ciertamente muy significativos y característicos, pero que recargaban el discurso, interrumpían su unidad, detenían su marcha rápida¹².

Para rematar este esbozo de cuadro general de la transformación que desde comienzos de aquel segundo tercio del XIX se estaba operando en España, resulta obligado indicar el cambio que más directamente se refiere al tema de la presente comunicación. En España, el género novelesco, que durante el período romántico no había sido enriquecido con ningún título importante, había empezado a abandonar las lejanías históricas y a retraer la atención a tiempos más próximos y aun a los primeros planos de la vida cotidiana. Guillermo Zellers, en su estudio sobre la novela histórica en España entre 1828 y 1850¹³, registra catorce novelas cuya acción se desarrolla en el siglo XIX. Y Reginal F. Brown, en su conocida obra sobre la novela española desde 1700 a 1850, afirma que «la única historia que satisface a los novelistas después de 1845 es la contemporánea»¹⁴.

El enfrentamiento político-religioso.

La llegada de Galdós a Madrid.

Cuando Benito Pérez Galdós, con sus espigados diecinueve años, llega a Madrid por vez primera (1862), todo este amplio proceso de cambio, del que Gran Canaria no era completamente extraña, ya había alcanzado bastante desarrollo y vitalidad. Sólo continuaba sin variación, obstaculizando los múltiples propósitos de reforma, e infelizmente sin ofrecer perspectivas de mejora, el tenaz enfrentamiento de los españoles a causa de su intolerancia político-religiosa.

Entonces el enfrentamiento más bien se acentúa. Concluye el largo período unionista, fracasan los esfuerzos conciliadores de Miraflores para establecer un turno con los progresistas, y éstos, viendo llenas de trabas las vías

legales, acuerdan retirarse de ellas y acudir a las acciones de gran efecto, Se inicia el período revolucionario que culminará en septiembre de 1868¹⁵.

Como la política invade todo, la Universidad Central, en la que Galdós se matricula, se politiza radicalmente y se convierte, cada vez más, en centro y objeto de discusión. Aumenta de curso en curso el número de catedráticos con ideas nuevas, liberales y europeizantes¹⁶. Y se multiplican igualmente los defensores nostálgicos de posiciones tradicionales y cerradas¹⁷; los neocatólicos, aunque influidos también por doctrinas foráneas, sobre todo italianas, no acogen de buen grado lo que en ellas encuentran de apertura; en lugar de desarrollarlas y superarlas como han de hacer los neocatólicos de Lovaina, las sujetan y cohiben; el preocupante espectáculo del proceso secularizador, ya superado grandemente en otros países, les frena. Las cátedras, las tribunas y los periódicos se convierten en reductos de las más vivas polémicas.

Con estas actitudes enfrentadas coexisten tanto en los niveles teóricos como en los prácticos —eclecticismo, krausismo, Unión liberal...— disposiciones conciliadoras y armonizantes. Pocas veces se ha hablado de armonía y humanidad tanto como entonces. Y en ambientes más diversos. Pero estas posturas conformadoras, lejos de apaciguar a los extremados, constituyen casi siempre un motivo más de lucha.

Acentuación de la renovación literaria.

La novela.—El teatro.

La llegada de Galdós a Madrid coincide también, en cierta medida, con la acentuación, de forma consciente del espíritu de renovación literaria. Francisco Giner, que, con veinticuatro años y ya licenciado en Derecho llega a la corte durante el curso de 1863-1864, puede tomarse como ejemplo de los numerosos críticos que detectan esta mudanza; en uno de los primeros escritos que publica en Madrid comenta con agudeza:

¿Podrá nadie sostener con fundamento que puede el arte literario vivir sólo de memorias, por gloriosas que sean, de otras edades? [.] La literatura [.] rompe hoy también los diques en que la sujetaron las preocupaciones de todos géneros y como el poeta florentino

“per correr miglior acqua alza le vele”.

Al hablar del nuevo ideal, precisa que no lo constituyen

“ ojeadas retrospectivas, ni predicciones fantásticas, sino imágenes de la vida, esto es, la esperanza unida al recuerdo en la perpetua continuidad del presente”¹⁸.

Y no se da sólo en los jóvenes esta postura renovadora. La Real Academia Española, cuya actuación ha tendido más a recoger usos consagrados que

a abrir caminos con gestos arriesgados de vanguardia, ya presta su autorizado apoyo al nuevo rumbo de la novela. En octubre del mismo año de 1863, toma el acuerdo de premiar con 20.000 reales al autor de una novela original, no histórica, de costumbres contemporáneas españolas.

La innovación temática no se desenvuelve sin oposiciones; paradójicamente, sin que falte hasta la oposición de autores todavía jóvenes. Don Juan Valera ha contradecido a Nocedal, que, en su discurso de ingreso en la Academia (1860), ha propugnado el recorte de la fantasía en la novela. Valera no concibe una novela de hechos vulgares y corrientes:

En el mundo en que vivimos, particularmente los individuos de la clase media, tenemos a menudo que seguir un carril, amoldarnos en una misma turquesa y ajustarnos a cierta pauta, todo lo cual amengua y descabala y aun destruye la *autonomía* novelesca, o, por lo menos, impide su manifestación y desarrollo. A no ser un foragido, esto es, a no estar libre de muchas de las exigencias sociales, cualquier honrado *burgués* de nuestros días se halla muy en peligro de que jamás le suceda cosa alguna que tenga visos de las que en las novelas suceden¹⁹.

Y si en algún momento Valera admite sucesos vulgares en la novela, es con indispensables condiciones:

El novelista puede limitarse a pintar personajes y a narrar sucesos vulgarísimos y hasta soeces, si gusta; pero ha de ser como contraste satírico de un ideal de limpieza, perfección y decente compostura, que ha de estar siempre presente y ha de purificar o poetizar aquellos cuadros²⁰.

El teatro se hallaba también en crisis, pero todavía se mantenía a notable altura. Coexistían el drama romántico, si bien ya muy moderado, y la comedia realista, todavía muy comedida. Ya Ayala había estrenado *El tanto por ciento* y en 1863 se estrena *El nuevo Don Juan*.

Galdós todavía no tiene rumbo fijo. En Las Palmas ya había enjaretado algunos dramas románticos. En Madrid realiza nuevos intentos. El éxito directo y espectacular que puede lograrse en los estrenos atrae entonces como siempre hacia la literatura teatral a los literatos en ciernes²¹. Pero Galdós presta, también desde Las Palmas, muy frecuente atención a la novela, aunque no con intentos de creación, sino con duras críticas de las novelas al uso. Los ataques de Galdós contra las novelas por entregas proseguirán, como es bien sabido, durante muchos años. La censura de lo que no debía hacerse, pudo contribuir a aclararle lo que se debía hacer.

Mas, por encima de los distintos géneros, de lo que Galdós fue consciente en seguida fue de la importancia del cambio que se estaba produciendo. Ya en su primera *Revista de Madrid* (mayo 1863)²², a propósito de *El nuevo Don Juan*, reconoce que por no tener ya los mitos carta de naturaleza, al de

Don Juan se le ha despojado de su parte poética, dejándole sólo la fealdad del seductor para escarnio de la sociedad.

«Una escuela literaria reflejo de nuestro siglo».
Importancia de 1865.—Los maestros alemanes.

En estas revistas de Madrid, que envía a *El Omnibus* de Las Palmas, y en las revistas de la semana, que publica en *La Nación* de Madrid, son frecuentes, no obstante, durante algún tiempo los toques costumbristas con deijos nostálgicos, de acuerdo con la tradición revisteril.

Pronto, sin olvidar la historia, la atención se fija principalmente en el presente. Véase, por ejemplo, este comentario a la salida de la corte para La Granja ²³:

Si estuviéramos en el siglo XVII, Madrid estaría a estas horas como jaula sin pájaros. Trasladada a los Sitios Reales la alta sociedad, la capital quedaría reducida a un inmenso villorrio...

Pero como estamos en el siglo XIX, aunque muchos, cuyos nombres me callo, viven o quieren vivir en aquellos felicísimos tiempos, sucede que la Corte se marcha y Madrid se queda lo mismo que estaba, con su buena sociedad, sus artistas, sus literatos, su insaciable sed de espectáculos...

Si la nobleza de la sangre sigue a la Corte, la nobleza del dinero permanece en Madrid; las lujosas tiendas continúan abiertas ofreciendo al público sus variados adminículos...

Y lo mismo que la nobleza del dinero, se quedan en Madrid la aristocracia del arte y la de las letras.

Dedicada al estudio [la de las letras], emprende una gran lucha con lo antiguo para crear la escuela, reflejo de nuestro siglo, y dar esplendor a la literatura moderna.

Por último, si la aristocracia de la política, los ministros, sigue a los reyes, también

la aristocracia de la opinión, la Prensa, se queda en Madrid para juzgar sus actos, para sostener la terrible lucha con lo convencional y lo reaccionario.

La creación de una nueva escuela literaria «reflejo de nuestro siglo», la «lucha con lo convencional y lo reaccionario». ¿No está aquí ya el arranque de todo un esperanzado programa?

Aquel año, 1865, representa una fecha muy importante en la vida de Galdós: ingresa, por vez primera, como redactor en un periódico madrileño;

sujeto a esta obligación, pasa también por vez primera un verano en Madrid²⁴, de donde no le aleja ni la epidemia de cólera; lee muchísimo, libre de obligaciones universitarias, porque el nuevo curso, para evitar contagios, no se inaugura hasta después de las fiestas de Navidad y Año Nuevo; con propósito, tal vez, de quedarse ya definitivamente en la capital, presta especial atención a la adquisición de libros para su biblioteca²⁵; adquiere y lee, entre otros, nueve volúmenes de Balzac; se hace socio del Ateneo; abandona sus intentos de autor teatral y encamina sus pasos hacia el género narrativo...

Durante el otoño toca con alguna frecuencia en sus revistas el tema de la novela. Primero en la revista dedicada a la feria de Atocha, escrita sobre el vivo recuerdo de la que Mesonero dedicó al mismo acontecimiento; después, en la revista titulada *Madrid desde la veleta*; la revista de la feria aventaja a la del *Curioso Parlante*, no sólo en el comentario de las novelas que encuentra en los puestos, sino en la imaginación novelesca con que trata del supuesto destino de ciertos muebles; en *Madrid desde la veleta* recomienda a los novelistas el alto recurso inquisitivo del Diablo Cojuelo, conocido desde muy pronto por él²⁶ y recordado repetidas veces por los costumbristas²⁷; todavía en el juicio del año —*Las siete plagas del año 65*— muestra su obstinación contra las malas novelas:

¡Cuánta novela, gran Dios, cuánta novela! No hay esquina donde no se anuncie en letras gordas una recientemente salida del cacumen de un escritor y dada a la estampa por las prensas del más artificioso de los editores

Lo que nos sorprende es que haya quien lea estas novelas .

Empieza por entonces un pequeño período, no determinado y estudiado hasta ahora, en que Galdós se entrega a los «maestros alemanes»²⁸; un período, que comprende la segunda mitad de 1865 y todo el año siguiente, y en el que su vena fantástica se escapa contrapesada por la del humor; la conciencia de la superación del romanticismo frena el delirio de la fantasía. A este período corresponden *Una industria que vive de la muerte*, la *Necrología de un prototipo* y *La sombra*²⁹.

La realidad española y la realidad literaria

Pero mientras por un lado Galdós tiene estas escapadas fantásticas, por otro el acontecer de la vida española le aferra cada vez más a una dolorosa realidad. Desde principios de 1866, tropieza con grandes dificultades para cumplir sus obligaciones periodísticas. El pronunciamiento de Villarejo de Salvanes, aunque fracasado, aumenta las tensiones políticas, y, como consecuencia, origina medidas muy rigurosas: estado de sitio en Madrid, severa censura de prensa, clausura de las aulas del Ateneo, etc. Hay que tener mucho cuidado con lo que se dice.

Como se podrá observar, las revistas de Galdós correspondientes al primer semestre de este año no son con frecuencia verdaderas *revistas de la semana*. El periodista no puede tocar la actualidad, que arde, y acude a muy diversos expedientes para atender las secciones a su cargo. En *La Nación* recurre, primero (enero y febrero), a una *Galería de españoles célebres*: Mesonero Romanos, Ferrer del Río, Hartzzenbusch, Camús; de ella interesan principalmente la primera y la última de las semblanzas; en la de Mesonero, declara expresamente que ha leído las *Escenas y El antiguo Madrid*, y reconoce que Madrid ya no es el Madrid pintado por Mesonero; ha cambiado muchísimo; en la semblanza de Camús, demuestra su sólida y amplia formación humanística. Después, unas veces hace reseñas de libros —*Cantares* de Melchor Palau, *Fábulas religiosas y morales* de Felipe Jacinto Sala—; otras, se refugia en las inofensivas revistas de teatros y conciertos; otras, por último, en comentarios de fiestas y solemnidades del ciclo anual: Carnaval, Semana Santa, etc. Sólo muy rara vez se atreve a tratar algún tema de honda y peligrosa actualidad; por ejemplo, el de la crisis económica.

De toda esta producción periodística, conviene destacar las dos reseñas literarias y en ellas la obsesionada terquedad con que insiste en los ataques contra la novela folletinesca. La reseña de los *Cantares* de Melchor Palau pone más en claro, con gran carga de ironía, la falsa realidad, a que se ha referido poco antes, al tratar del estreno de la comedia *El suplicio de una mujer*; dice ahora:

¡La novela!, dennos novelas históricas y *sociales*; novelas intencionadas, profundas; novelas de color subido, rojas, verdinegras, jaspeadas. Píntennos las pasiones con rasgos brillantes, con detalles gráficos que nos hagan saltar del asiento. Queremos ver descritas con mano segura las peripecias más atroces que imaginación alguna pueda concebir; hágasenos relación, especialmente, de los crímenes más abominables; preséntenos el instinto de la perversidad en todo su vértigo; el *demonio del crimen* con toda su fealdad; queremos ver al suicida, a la adúltera, a la mujer pública, a la Celestina, a la bruja, al asesino, al baratero, al gitano; si hay hospital, mejor; si hay tisis regeneradora, ¡magnífico!; si hay patíbulo, ¡soberbio!; sáquese todo lo inmundo, todo lo asqueroso, todo lo leproso, etc., etc. Realidad, realidad; escribannos la verdad de las miserias sociales esos escritores señalados por el dedo de la *gacetilla*, santificados por el repartidor, canonizados por el prospecto.

Dennos impresiones fuertes, un cangilón de acíbar y otro de menta en cada página, aunque la pintura de caracteres no sea muy feliz, y el sostenimiento de los mismos esté un poco descuidado; dennos un puñal que destile sangre y ocho corazones que destilen hiel, aunque el plan no peque de verosímil y el ideal poético brille por su ausencia. Realidad, realidad; queremos ver el mundo tal cual es, la sociedad tal cual es, inmunda, corrompida, escéptica, cenagosa, fagosa, etc. Poco importa que las concordancias gramaticales sean un tanto vizcaínas y los giros un poquito traspirenaicos. ¡Realidad, realidad!

En la reseña de las *Fábulas religiosas y morales* de Felipe Jacinto Sala, la censura del folletín no es tan directa y declarada; no pasa de una ligera alusión al contubernio editor-autor que sirve de base a la novela por entregas. «...abigarradas concepciones que engendran ciertos escritores en complicidad con empresas editoriales no muy celosas del esplendor de las letras españolas».

En esta línea resulta muy significativo, como ya se ha señalado, la insistente constancia con que Galdós rechaza todo ese género de subnovelas. Desde *Un viaje redondo* (1861), en que nos presenta a los novelistas en el Infierno, hasta estos primeros meses de 1866, de que ahora se trata, la crítica del folletín surge en la producción galdosiana hasta donde menos se la espera; como aquí, a propósito de un libro de *Cantares* y de otro de *Fábulas*.

Y en esta misma línea conviene anotar todavía una observación curiosa que refuerza la impresión de ininterrumpida continuidad: la permanencia de una concepción: la representación del lector de folletines como una especie de tumboallas: «Oh tú, lector gastrónomo, engullidor de libros... ¡tú que a fuerza de magullar novelas y de merendar folletines...»; así se dice en *Un viaje redondo*; ahora, en la reseña de los *Cantares*, las expresiones casi se repiten: «...hoy que los estómagos de los *aficionados* a las letras están tan acostumbrados a digerir los ampulosos pliegos en cuarto que expende Manini, ayudado por la inspiración un tanto gastronómica de los condimentadores de novelas».

En la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, Galdós se defiende mejor de la censura, acogiéndose al propio carácter de la publicación, europeizante y de divulgación científica. Los comentarios de las novedades literarias, artísticas, científicas y técnicas de ultrafronteras no estaban tan expuestos al lápiz rojo del censor. En sus revistas, Galdós atiende principalmente al movimiento intelectual de Francia: Thiers da la última mano a su historia de la Restauración; Proudhon muere dejando «entre otras obras notables la extraordinaria *Philosophie de l'art*; Edgar Quinet da a la luz un nuevo libro de estudios políticos; Dumas escribe *Los grandes hombres en bata*; Víctor Hugo está a punto de publicar *Les travailleurs de la mer* y para pronto anuncia la novela titulada *1789* y dos dramas: *Homo* y *Torquemada*... De las noticias científicas le interesan sobremanera las astronómicas y los astrónomos franceses son entonces también los más conocidos.

Dolor ante la situación de España.
Pobreza de novelas y de estudios históricos.

Sin embargo, las novedades extranjeras no sirven de tema a muchas revistas. Galdós al parecer, no pone mucho entusiasmo y atención en el pequeño semanario. ¿Le preocupaba mucho más la vida española? ¿Tenía entre manos algún trabajo más importante? Tal vez hubiese de todo un poco.

Desde el primero hasta el último de los artículos publicados este año en la *Revista*, Galdós muestra tristeza y desánimo ante todo lo referente a España. Empieza (8 de enero), lamentándose de la situación:

Madrid se encuentra triste y acontecido. Los teatros están desanimados y las sociedades literarias muertas. El Ateneo se halla en estado de clausura, y en vano procuramos deleitarnos con las disertaciones humorísticas de don Fermín González Morón. Ya no vemos al festivo y siempre risueño *Punch*, ni el elegante *Journal illustré*. Toda la caterva de individualidades periodísticas duermen allí su sueño estúpido; desde *El Times* hasta *Gil Blas*.

La única muestra de vida intelectual que observa —o la única que le interesa de las que se producen— es la continuación de la *Historia de España* de Lafuente: la aparición de los tres tomos correspondientes al reinado de Fernando VII; el prólogo le parece notabilísimo.

En marzo se vuelve a quejar de la falta de actividad intelectual: «A no ser en cuestiones de política, nuestra querida patria se está mano sobre mano, esperando no sabemos qué maná salutífero».

En abril repite las mismas quejas: «Madrid no ofrece nada de notable la presente semana. Funciones viejas en los teatros, libros viejos en las librerías, y política nueva, palpitante, candente en todas partes...».

Pero las mayores muestras de dolor por la postración de España se encuentran en la última revista (28 mayo):

Las letras y las artes dan pocas, si dan algunas, señales de vida. Muchas veces nos hemos preguntado la causa de semejante postración en un país de tan rica fantasía y de tan brillantes tradiciones literarias y artísticas como España.

La nación que ha sido cuna de Cervantes, de Hurtado de Mendoza, de Quevedo, del P. Isla, ¡qué novelistas cuenta hoy! Y en medio de tan escaso mérito, ¡cómo se exaltan ellos mismos hasta las nubes! ¡Cuánta miseria!

No hay conciencia en el escritor. La contagiosa rapidez de Alejandro Dumas y otros novelistas franceses ha excitado cierta ridícula emulación entre nosotros, y el público no lee, hace tiempo, más que vulgaridades, sin siquiera los atavíos de la hermosa habla castellana, martirizada por esos pseudoliteratos.

Otra clase de obras ¡ah!, ni se escriben, ni en caso de escribirse, hallarían quizá compradores.

¡Qué de puntos hay que dilucidar en nuestra historia! Pero nadie se cuida de los estudios históricos.

Los españoles ignoran más que ninguna otra historia, la de su país. Podríamos citar un par de ejemplos.

¡Con qué envidia leemos en los periódicos extranjeros la lista del sin-número de libros de artes, de ciencias, de literatura, que diariamente se publican!

Galdós, a veces, parece escribir con desgana, con inseguridad, como si presintiera la suspensión de la *Revista*. Sobre todo en los comentarios de fiestas y conmemoraciones —Carnaval, Semana Santa, San Isidro— repite o adapta artículos anteriores; y de las actividades teatrales hace resúmenes breves y superficiales. Sus presentimientos, si en verdad los tuvo, resultaron desgraciadamente bien fundados. *La Nación*, *Las Novedades* y la mayoría de sus colegas fueron suspendidos por decisión gubernativa. La *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, filial de *Las Novedades*, también interrumpió su publicación. Y Galdós, cuando ya estaba lanzado abiertamente a la vida periodística, se queda, de pronto, sin «sus» periódicos. ¿Se ha pensado en la posible influencia de este cerrojazo? ¿Se quedaría rumiando con amargura las faltas que acababa de lamentar en su último artículo?

La nación que ha sido cuna de Cervantes, de Hurtado de Mendoza, de Quevedo, del P. Isla, ¡qué novelistas cuenta hoy!

¡Qué de puntos hay que dilucidar en nuestra historia! Pero nadie se cuida de los estudios históricos.

Los españoles ignoran más que ninguna otra historia, la de su país.

Hacia el tema de «La Fontana»

Pero dejemos aquí a Galdós con sus amargas rumias de la historia y la novela y pasemos a rastrear qué circunstancias y motivaciones le pudieron empujar hacia el tema de *La Fontana*. Al parecer muchas y muy diversas. En primer lugar, un hecho: Galdós encontró vivo, en su propia casa, el recuerdo de la historia de España durante el primer tercio del siglo. Y no por la participación que su padre y su tío Domingo habían tenido en la guerra de la Independencia, sino, principalmente, por las andanzas y lances, casi desconocidos hasta ahora, de su tío Benito Galdós durante las cuatro primeras décadas: subteniente prisionero de los franceses en Málaga (1810); casado apresuradamente con una prima suya, y con la indispensable licencia de José I, al pasar por Madrid (1811); prisionero todavía en Francia hasta el final de la guerra; exiliado, por propia voluntad, después; en 1819, oficial de la expedición que, organizada en Londres por el mariscal Renobales, pasa a América con el propósito de sujetar los movimientos independistas; casado, por segunda vez, en Cuba; reincorporado, como teniente, al ejército español durante el trienio liberal; de nuevo prisionero de los franceses —de los cien mil hijos de San Luis—; en esta ocasión, en Cartagena, que se rinde cuando ya ha caído el gobierno constitucional (1823); diez años, los de Calomarde, de segundo exilio en Francia e Inglaterra; de vuelta en España a la muerte de Fernando; capitán con participación muy activa —gana dos laureadas— en la guerra carlista, etc., etc.; mil zarandeantes vaivenes, en alivio de los cuales

había acudido en 1828 el que sería padre de nuestro escritor, visitando a su cuñado en París³⁰; sólo la muerte puso fin a las vicisitudes del consecuente liberal el año 1838, próximo ya el final de la guerra, en Lárrega.

Benito Galdós no había vuelto a Canarias, salvo en 1819, de paso para América, pero su recuerdo, sobre todo desde su fallecimiento, había quedado arropado de tanto cariño en su familia, que Dolores, la hermana más pequeña, había puesto el nombre de Benito el único hijo varón que después tuvo³¹, el que ahora, todavía inconscientemente, se preparaba para historiar todos aquellos episodios³².

No se pretende, entiéndase bien, exagerar la influencia en el novelista de esta vinculación familiar a la historia española del primer tercio del siglo; únicamente, señalarla como indiscutible origen del interés del escritor por la historia de aquella época; como frecuente punto de referencia en sus lecturas históricas.

Y aquella época, en un plano general, sirve de fundamento a toda la centuria. Todo el siglo XIX —el siglo de la Historia ha sido llamado— transcurre en España recordando las grandes acciones y los grandes héroes de sus primeros años. Por motivos patrióticos o políticos, el 2 de mayo, el 19 de marzo, el 7 de julio y otras fechas señaladas del mismo período se conmemoran con admirable vitalidad durante los años en que Galdós hace su aprendizaje en Madrid.

A este recuerdo general, se sumó pronto en Galdós el recuerdo particular, minucioso, sistemático a que le obligaban las actividades periódicas. Las *revistas de Madrid*, las *revistas de la semana* le forzaban a la búsqueda de antecedentes en el Madrid de ayer. Mesonero, Larra, Goya, Miñano, don Ramón de la Cruz le llevan de la mano en estas rememoraciones.

Como circunstancias que de un modo más directo refrescan entonces los hechos que constituirán el fondo histórico de *La Fontana de Oro* procede anotar ante todo las relacionadas con la muerte repentina de Alcalá Galiano: el recuerdo, por la oposición, en periódicos y tertulias, de los demagógicos discursos juveniles pronunciados por el gran orador en la tribuna de la Fontana de Oro, el célebre café; la lectura, por el mismo motivo, de obras recientes del propio político: la *Historia de España* y los *Recuerdos de un anciano*; la publicación inmediata de los *Apuntes para la biografía del Excmo. Sr. Don Antonio Alcalá Galiano escritos por él mismo*.

Por otra vía, aparecen también entonces, como se ha visto, tres tomos de la *Historia* de Lafuente correspondientes al reinado de Fernando VII. El propio Galdós los comenta en una de sus *revistas de la semana* (22 enero 1866). La época fernandina se encuentra de ineludible actualidad.

Con esta impregnación histórica del primer tercio del siglo, Galdós pudo empezar a darse cuenta de que los grandes trastornos que estaban acaeciendo en aquellos sus primeros años madrileños —la noche de San Daniel, el pro-

nunciamento de Villarejo de Salvanés, etc.—, no eran sino continuación de una serie de perturbaciones que venía de atrás y que tenía su origen en dolencias nacionales muy hondas.

El espectáculo más siniestro.

Viaje a Canarias.

En esta situación sobrevino el 22 de junio de aquel año de 1866 la sublevación del cuartel de San Gil. El espectáculo de la conducción de los sargentos, entre alaridos de clarines, al lugar de fusilamiento, fue «el más trágico y siniestro» que Galdós, según confesará en las *Memorias*, presencié en su vida. A una de sus criaturas más queridas traspasará el recuerdo de aquellos tristísimos hechos de este modo: «Como subsiste indeleble hasta la vejez la señal de la viruela en los que han padecido esta cruel enfermedad, así subsistió en la complejión psicológica de Angel Guerra la huella de aquel inmenso trastorno».

Mas aquella convulsión no le afectó solamente por la siniestra conducción de los sargentos condenados. También por la alteración general y por la represión, que no conoció alivio durante todo el verano: cuatro tandas de fusilamientos con 60 víctimas; caída y emigración de O'Donnell; vuelta de Narváez al poder; condena a muerte, en rebeldía, de Carlos Rubio, Cristino Martos, Manuel Becerra, Castelar, Sagasta y otros; suspensión indefinida de toda la prensa liberal, y entre ella, como ya se ha anticipado, de los periódicos de que Galdós era redactor, *La Nación* y la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*. Francisco de Paula Montemar, director del diario progresista *Las Novedades*, del que en cierto modo dependía la *Revista del Movimiento Intelectual*, figuraba —interesa aquí anotar— entre los condenados a muerte en rebeldía.

Galdós, si no sintió miedo, debió de sentirse incómodo en Madrid. Y en el otoño, después de matricularse en la Universidad, regresó a Canarias. En el hogar, su padre, el anciano militar con ochenta y dos años, ya sólo vivía del recuerdo. Al conocer por el hijo con detalle los últimos sucesos de la Península, debió de relacionarlos con algunos de los acaecidos allá en su juventud, y seguramente repetiría por centésima vez no pocos de aquellos lejanos episodios³³. Y el hijo, a la luz de los que él acababa de vivir y padecer, tal vez confirmaría su presunción de que la historia de ayer no estaba tan muerta, y a través de ella comprendería mejor muchas cosas de la historia viva igualmente violenta. La historia semimuerta revivida y la sangrienta historia viva recordada de lejos, en la paz de Las Palmas, debieron de producir la impresión —¡tanto se parecían!— de ser una historia misma.

Tenemos, pues, que casi en el mismo punto (1866) confluyen los procesos por los cuales Galdós adquiere clara conciencia de la realidad española y de

la nueva realidad literaria. Y si a estos procesos añadimos ahora otro, el de la novela histórica de tema reciente, de tema del propio siglo, completamos las tres corrientes más importantes que concurren en *La Fontana de Oro* y la explican. Galdós debió de ver en la novela histórica el medio para remediar conjuntamente aquellas dos faltas que venía notando: la de una novela moderna y la de conocimientos históricos. Y si redujo su atención a la historia contemporánea fue por una doble causa: porque, según se ha visto, los novelistas desde hacía algunas décadas habían retraído hasta ellos su atención y por que esta historia inmediatamente anterior ofrecía una clara explicación de los trastornos políticos que se seguían padeciendo.

Pero todos estos factores estaban concurrendo todavía en niveles principalmente teóricos. En la práctica Galdós seguía dando salida a su vena fantástica. En Las Palmas publica a fines de aquel año la *Necrología de un prototipo* en que se conjugan influencias románticas alemanas y francesas —Hofmann, Hugo...— y las *Crónicas futuras de Gran Canaria*, que si no son fantásticas, representan un extraordinario esfuerzo de imaginación³⁴.

*París. La pobreza del pabellón español.
Los emigrados.*

El hecho que provocó la condensación o precipitación de todos aquellos elementos que cuajan en *La Fontana de Oro* fue el viaje de Galdós a París en el verano de 1867. Pero no por la razón que se viene aduciendo: el descubrimiento de Balzac, del que ya poseía veinte volúmenes —los nueve adquiridos en noviembre de 1865 y once comprados en 1866—, sino principalmente porque pudo ver a España desde fuera, porque alcanzó una mayor y más clara perspectiva del momento en que se vivía y de los problemas españoles.

Sobre el viaje se conoce y se repite lo que Galdós mismo dice en sus *Memorias*: la admiración que le produjeron las cosas extrañas. Mas se olvida casi siempre lo que, directamente o por boca de algunas de sus criaturas, dice en otros lugares: el dolor que le produjeron las cosas de España. La pobreza del pabellón español en la Exposición Universal:

Aunque nos dé rubor el confesarlo, hicimos papel muy triste en el gran concierto universal de 1867. En la sección de Industria principalmente el nombre español quedó bastante malparado, y en los Productos agrícolas y químicos, donde con tanta ventaja podíamos habernos presentado, hicimos poco, más que por falta de objetos, por sobra de ignorancia y descuido, y porque nos falta, como hace notar el Sr. Castro Serrano, esa especial facultad de exhibición, que es una de las principales dotes del genio francés.

.....
La pintura ofrecía tal vez una excepción feliz en el concepto general que de la sección española debe formarse. A primera vista, había quizá

en aquel salón algo de la desapacible oscuridad e ingrato aspecto que abatía nuestro ánimo al examinar el resto

Las artes con ser artes no tuvieron mejor fortuna; allí estaban en un recinto estrecho, con escasa luz y tan poco espacio, que apenas podía encontrarse el punto de vista de una composición³⁵.

A esta manifestación directa de la impresión que le produjo a Galdós el pabellón, añádanse las noticias sobre los españoles que encontró en París; unos, visitantes de la exposición; otros, emigrados. En ambos grupos halló caras conocidas, y hasta canarios —Frasco Monteverde, militar e íntimo de Prim³⁶; Nicolás Estévez, en viaje de bodas³⁷—. Los emigrados se reunían principalmente en el Pasaje Jouffroy; los visitantes, en el comedero español de la Exposición, a cargo del café Universal, de Madrid. Todos, españoles, y, sin embargo, cuánta diferencia entre unos y otros, a causa de la distinta situación y opuestas circunstancias. Los viajeros, los *turistas* —entonces empezaba a usarse la peregrina palabreja— se hallaban en París para ver la Exposición y para exponerse, también ellos, entre sí; para curiosear novedades y para hacer vanidosa ostentación de lujos y riquezas. En general, evitaban el trato de los emigrados:

Aunque Maltranita vio a Santiago y sin duda le había conocido, no creyó decoroso saludarle, por la inferioridad jerárquica que anunciaba el traje del amigo³⁸.

A pesar de ser pasaje de una ficción, parece trasunto de una realidad, como tantos otros del *Episodio* en que Galdós aprovecha las experiencias y observaciones de aquel viaje.

Los emigrados, por el contrario, más bien se ocultaban, adoptaban nombres falsos, entapujaban sus faltas y miserias:

No hizo más que llegar al pasaje Jouffroy, y le salieron dos compatriotas, uno de ellos con su capa, terciada garbosamente. No se puede afirmar que en agosto llevase tal prenda con objeto de abrigarse; llevábala sin duda para tapar la desastrosa vestimenta de un triste insurrecto proscrito³⁹.

El exilio era duro —¿cuál no lo ha sido?—, e imponía desusados trabajos. Hasta los exiliados más distinguidos se veían con frecuencia en la necesidad de realizar labores humildes. Sagasta, por ejemplo, según el mismo *Episodio*, tenía que acarrear desde el Sena agua para su casa⁴⁰.

Todo el que podía ejercía su profesión o desempeñaba algún improvisado oficio o empleo. Cualquier ocupación convenía, no sólo para mejorar la situación económica, sino la tranquilidad personal. Disfrutar unos medios mejores o peores de subsistencia libraba de enojosos entremetimientos policiales. No se colocaron por capricho los dos simpáticos exiliados, creados, años des-

pués pero para aquella ocasión, por Galdós: Teresa Villaescusa y Santiaguito Ibero; Teresa, en una tienda de encajes; Santiago, en una oficina comercial.

Galdós, que tan estrechas relaciones debió de mantener con los emigrados, en su mayoría progresistas como él, ¿no recordaría en París a su tío Benito Galdós, exiliado allí también, cuarenta años antes, por la misma causa que los de entonces? La historia se repetía. Con otros españoles, la situación era la misma. El drama que había empezado en 1808 continuaba sin grandes variaciones. Y aunque siempre se esperaba que el próximo acto fuese el final, el final nunca llegaba.

La acción resolutive de las vivencias parisienses, el propio Galdós la declara en sus *Memorias* (supongámoslas acertadas en este punto):

Con las personas que me llevaron a París volví a Madrid sin incidente notable [.] y sin descuidar mis estudios en la Universidad, me lancé a escribir *La Fontana de Oro*, novela histórica, que me resultó fácil y amena.

Galdós se cansa de la Universidad y de las revistas

«Sin descuidar mis estudios en la Universidad...», dice Galdós en sus *Memorias*. Y seguramente lo diría también a su familia. Pero el expediente académico dice una cosa muy distinta. El 15 de octubre de 1867, esto es, vencido el plazo, como todos los años, solicita que se le admita la matrícula. Da como disculpa del retraso «hallarse ausente de Madrid y enfermo» durante el término hábil. Tropieza con algunas dificultades por asignaturas pendientes o incompatibles, pero logra la matrícula. Tantas molestias, sin embargo, para nada. El 31 de enero de 1868 le borran, por inasistencia, de las listas de Derecho Mercantil y Derecho Penal. Y el 28 de febrero le eliminan —como en el curso anterior, el 1.º de febrero, por el viaje a Canarias— de la de Derecho Canónico. No mentirá cuando pasados los años, diga: «Fui un malísimo estudiante de Derecho» y «He tenido dos odios igualmente grandes: a las Matemáticas y al Derecho»⁴¹. La dedicación literaria, cada vez mayor, le alejaba cada vez más de la Universidad.

La *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, después de diecisiete meses de interrupción, reaparece, muy cambiada, el 2 de noviembre. La *Revista* se presenta ahora independiente, con mucho mayor formato y como diario. La colaboración de Galdós en esta nueva época del periódico se diferencia también mucho de su colaboración durante la primera. Sus artículos en aquella tenían el título común de *Revista de la Semana* y comentaban la actualidad; ahora, en cambio, los artículos tienen, excepto dos, el título de *Crónica de Madrid*, y son comentarios de cosas, rincones y costumbres de la villa y corte; además, parecen constituir una serie bastante entramada. Del diálogo que el periodista mantiene con un supuesto interlocutor se deduce

que piensa sustituir el costumbrismo, cultivador de tipos, por el realismo, recreador de individualidades; sin embargo, a Galdós le costará mucho desprenderse de la tradición y hábitos costumbristas.

Mucho más copiosa e interesante que esta colaboración en la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa* es la de la nueva época de *La Nación*. Cronológicamente, se suceden del modo más inmediato. El último número de esta segunda etapa de la *Revista* se publicó el 30 de diciembre de 1867 y *La Nación* reapareció el 2 de enero de 1868. Galdós reanuda su colaboración también desde el primer día. «Hace quinientos cincuenta días —dice al comienzo de su *Revista de Madrid*— que cortamos el hilo de una familiar e inofensiva conversación». Y repite más adelante: «Hoy despertamos después de quinientos cincuenta días de reposo... trece mil horas de letargo». Su colaboración es mucho más abundante y variada, porque, en verdad, es una colaboración doble: una colaboración irregular en la edición corriente del diario, y una colaboración regular en la «edición literaria» de los domingos; un número especial, de formato más pequeño —«de traje corto, siguiendo la moda actual»—. A su vez, la colaboración de este número dominical es triple, constituye tres series simultáneas: la *Revista de Madrid* —en seguida, *Revista de la Semana*—, la *Galería de figuras de cera* y el *Manicomio político social*. La *Revista*, firmada por B. Pérez Galdós y la *Galería* y el *Manicomio* sin firma. Como se puede ver, esta edición literaria de *La Nación* era obra casi exclusiva de Galdós.

La *Revista de la Semana*, que es la colaboración más regular, es también, por su misma obligatoriedad, la más difícil y la más expuesta a superficialidades y repeticiones. Sus temas, esclavos de la actualidad, son en esta segunda época, poco más o menos, iguales a los de la primera: las fiestas y solemnidades (Pascua de Navidad, Carnaval, Cuaresma, San José, San Antón, Semana Santa...); los teatros, las corridas de toros, la política...; desde fines de abril, en cambio, sólo el estado del tiempo; no se puede hablar de otra cosa. Ha muerto Narváez y González Bravo ha implantado la política de mano dura que precipitará la revolución.

De todos modos, las revistas se diferencian notablemente de las que, en la primera época, Galdós dedicó a tan sobados y, por lo mismo, difíciles temas. Además de estar mejor escritas, tienen una intención más general; el cronista ya no describe las fiestas, sino las aprovecha para hacer crítica social; por ejemplo, en Carnaval, presenta las diferentes identificaciones que de una máscara sepulcral, esquelética, hacen un pesimista, un absolutista, un ministro, un neo, un liberalazo, un académico...; en el día de San José, escalona los distintos niveles de la celebración del Santo, desde la modestísima de un *Pepillo* a la muy ostentosa de un Excmo. Sr. Don José⁴²... Por un sano afán de mejorar las costumbres, censura el modo de celebrar algunas fiestas, como la de San Isidro —«reunión de muchos miles de personas que se creen en el deber ineludible de achicharrarse, sudar, recibir estrujones, aburrirse y echar

los bofes»—, y, como siempre, ataca las corridas de toros, cada vez más concurridas (los trenes facilitan ya la asistencia de aficionados de media España):

Nos vamos afrancesando con la moda, italianizando con la ópera, anglicanizando con el *turf* y el té. Conservemos los toros, que es lo único español que nos queda. No; más vale parecer extranjeros en España que bárbaros en Europa.

En política todo se reduce a comentar las actividades de los neos, la *cuestión romana* y la ausencia de España de las grandes empresas internacionales. Hay otros temas,

pero actualmente ha llegado la prudencia a ser la virtud normal y fundamental de todos los españoles. Seamos prudentes.

Diremos tan sólo, refiriéndonos a las cosas de casa, lo que por razones de necesidad, es el único tema de todas las revistas:

“¡Qué calor! ¡qué lluvia el domingo! ¡Si no llueve más ..!” Hoy se convierte el revistero en atalaya, en higrómetro, en barómetro o en pluviómetro ..

Galdós se siente ya cansado de la esclavitud y dificultades de las *revistas de la semana*. Claramente manifiesta su fatiga en una de las últimas que escribe para *La Nación* (24-V-68):

El que por expiación de sus pecados o por injusta ley del destino soporta en este valle de lágrimas la pesada carga de escribir cada semana una revista de los acontecimientos que pasan o dejan de pasar en esta villa, es una de las víctimas más dignas de compasión que registra el martirologio literario

Refiere las numerosas dificultades con que se tropieza a veces para obtener noticias de interés. Y continúa:

Añádase a esto la reducida esfera en que el miserable mortal que vive atado a un folletín puede manifestarse, y se comprenderá la dureza de semejante martirio. No puede ocuparse de asuntos serios porque, según el alto criterio moderno, los asuntos serios no pueden ser sustentados por las débiles columnas de un folletín; no puede tratar en broma ciertos asuntos cómicos, porque la suspicacia pública se lo impide; tiene que respetar trescientas mil susceptibilidades, y guardar silencio en lo relativo a las personas. No le restan más que algunos hechos triviales y sin importancia, los desperdicios de la opinión, los despojos marchitos de la vida pública, desechados por los escritores políticos, por los noticieros de relumbrón, por los comentaristas al aire libre .

Galdós, según todos los indicios, se halla en uno de los momentos más decisivos de su vida. Ha llegado a aborrecer la Universidad; se ha hastiado del estrecho y enfadoso marco a que tiene que ajustar las revistas semanales;

se ha lanzado a componer trabajos mucho más libres, holgados y prometedores; quisiera vivir exclusivamente de las letras como de otra profesión cualquiera... En la revista que dedica al proyecto de una *Asociación de escritores españoles* (16-II-68), ya piensa como un profesional y demuestra conocer toda la dramática dureza del oficio:

Salíais a la arena —dice a los escritores— con fuerzas y entusiasmos; mas ¿qué podía hacer vuestra energía, vuestro mérito al veros presos en los terribles anillos de ese boa constrictor que se llama editor, de esa foca que se llama empresario? Muerta una parte de vuestras ilusiones, tal vez apurabais el amargo cáliz de Manini, tal vez empleasteis la más noble porción de vuestra invectiva en confeccionar algunas arrobos de literatura filosófico-nervioso-espeluznante. ¿Pero qué no hace la necesidad? Habéis pedido limosna; habéis ido de puerta en puerta colándoos en forma de entrega por la rendija del dintel y habéis pedido dos cuartos en cada piso, para reunir una peseta en cada calle. Pero esas fracciones diminutas de escudo no han sido para vosotros, *sic vos non vobis*; han ido a engrosar el ya repleto bolsillo del editor, insaciable vampiro.

Como siempre, desde los primeros escritos del ya lejano colegio, la preocupación por la degrandante plaga de las novelas por entregas; y ahora, además, por los tiránicos abusos del editor.

Galdós quiere ya publicar un libro. Por no caer en las garras de un editor, acude a su hermano mayor y le pide ayuda económica... Pero dejemos esto para después... Echemos ahora un rápido vistazo a la restante colaboración en *La Nación*.

La *Galería de figuras de cera* consta de quince artículos y comienza con la expresión de su propósito: dar a conocer algunas figuras de la galería colosal que es Madrid; de cada una se hará un dibujo en rapidísimos rasgos, tras el cual se espera que aparezca determinada y precisa la fisonomía moral y literaria del individuo». Siempre con la obsesión de los dibujos, Galdós sustituye los álbumes de caricaturas de sus paisanos por una gran galería de personajes madrileños, que, desgraciadamente, se interrumpirá apenas iniciada.

Ha dicho que aparecerá «la fisonomía moral y literaria del individuo», porque, según parece, sólo ha pensado en hombres de letras. Los quince cuyos retratos logra trazar son los siguientes: Frontaura, Ferrer del Ríó, Hartzenbusch, Bardón, Aguilera, Ayala, Castro, Morón, Amador de los Ríos, Mesonero Romanos, Balart, García Gutiérrez, Eulogio Florentino Sanz, Moreno Nieto, M. Murguía.

Los retratos aparecen anónimos, porque Galdós debió de considerar pesado e indiscreto poner su firma al pie de casi todos los artículos de la edición literaria de *La Nación*. Se sabe que nuestro escritor-dibujante es el autor por diversas razones, de las cuales sólo interesa aquí la más importante: la carta, conservada y publicada, que él mismo envió a Mesonero Romanos con

el número de *La Nación* en que apareció la semblanza⁴³. El texto de la carta obliga a pensar en este retrato de la *Galería de figuras de cera* y no en el publicado dos años antes en la *Galería de españoles célebres*; sólo respecto de este retrato de cera cabe la disculpa de no prestar atención a las *Escenas matritenses*; en él se ha fijado sobre todo en *El antiguo Madrid*, porque lo está «leyendo minuciosamente y estudiando sobre el terreno por las calles, callejuelas, costanillas y derrumbaderos matritenses»⁴⁴. Galdós, no obstante lo mucho que publica en *La Nación*, se halla enfrascado, por lo que se ve, en la preparación de *La Fontana de Oro*.

La única reacción pública de los retratados fue la de Frontaura, director de *El Cascabel*, y seguramente por tener el periódico a mano. Y Galdós que, entre otras cosas, le había llamado *feo* —era muy devoto de este adjetivo—, dice en el número dominical siguiente, al darle una explicación:

Si le echamos en cara la cara a nuestra figura, fue en virtud de esa natural propensión a los efectos del claro-oscuro que impera hoy en la escuela realista, a que nos honramos en pertenecer⁴⁵.

Galdós no sólo ha hallado ya su rumbo, sino que presume de él.

Los cuatro artículos de la serie titulada *Manicomio político social* también han sido atribuidos a Galdós y creo que con razón. Entre otras cosas, porque se ve que han sido escritos por la misma mano que escribió *La sombra*. Si aún quedase alguna duda, se dispararía con una coincidencia: la publicación de los artículos del *Manicomio* se interrumpió; lo mismo que la de las *revisitas* y las *Figuras de Cera*, en la fecha en que Galdós marchó a París por segunda vez.

Estas tres series de artículos aparecieron en la «edición literaria» de *La Nación*, como ya se ha dicho; en los números corrientes vieron la luz otros artículos, por lo general, más extensos: *Imperfecciones*, *El aniversario de Calderón*, *La conjuración de las palabras*, etc.

Como índices de la evolución del gusto literario de Galdós, interesan dos artículos: una reseña de *La Arcadia moderna* de Ventura Ruiz Aguilera y un extenso artículo sobre *Carlos Dickens*; dos nuevas afirmaciones de realismo.

La reseña tiene cierto interés autobiográfico; en ella se recuerda el «infantil entusiasmo» por la bucólica; la adhesión hacia aquella poesía; «...cada son de la terrible campana reglamentaria del colegio, nos prece oír el clásico cencerro de las cabras de Melampo o de las ovejuelas de Batilo...».

Después adquirimos reflexión y cordura . ; nuestras inclinaciones nos llevan otra vez al campo literario, pero al entrar en él con la arrogancia de bachiller, encontramos otra decoración... Entonces el arte bucólico, de que antes fuimos sinceros apasionados, se nos presenta con toda su falsedad y extraños oropeles... Se despierta en nosotros el puro sentimiento de la naturaleza, ajeno ya a toda sistemática falsificación.

A continuación, con referencia ya a Ruiz Aguilera, emite juicios en los que parecen traslucirse sus propias preferencias: por ejemplo:

Su humorismo no es hijo de prematuros y punzantes desengaños, ni se expresa en tono amargo y atrabiliario. Es esa picante sonrisa del bondadoso Sterne que declama contra las miserias y fealdades de la humanidad, más por el filantrópico deseo de corregirlas, que por el mero hecho de censurarlas ⁴⁶.

El artículo sobre *Carlos Dickens* debe considerarse como una introducción a *Las aventuras de Picwick*, que empiezan a publicarse, traducidas por el propio Galdós, en el folletín del mismo número de *La Nación* ⁴⁷.

El artículo examina la difusión de la novela truculenta francesa en España (primero, Dumas, Sué y Feval; después, Javier de Montepín, Penson de Terrail, Henri de Kock) y el estado de relajación en que se encuentra el gusto de los lectores:

Y no le deis a la generalidad del público otra cosa. Pocos son los que tienen la suficiente aptitud para saborear las páginas de la *Comedia humana*..

Y si se duermen leyendo a Balzac estos señores abastecidos con el forraje intelectual de los pesebres ponsonianos, ¿cómo sería posible hacerles leer una novela de costumbres inglesas, una novela de Goldsmith, o de Sterne, de Dickens o de Thackeray?

Del resto del artículo, interesa subrayar las diferencias que Galdós encuentra entre Balzac y Dickens:

Cuando Dickens describe un interior, un recinto fastuoso o humilde, un objeto o un mueble cualquiera, no le veréis detenerse allí con la narración prolija de Balzac... Le interesa tan sólo aquello que contribuye a caracterizar la fisonomía local, aquello que es un rasgo o una facción en el expresivo rostro de una escena, de una habitación, de un sitio cualquiera

Y completa:

No analiza como Balzac, complaciéndose en describir todo lo que de innoble y siniestro puede existir en los sentimientos del hombre; es, por el contrario, observador benévolo, que procede en los trabajos de su investigación por amor a la humanidad, deseoso de la dicha del hombre y haciéndole ver sus virtudes y sus vicios para enaltecer aquéllas y corregir éstos.

A la luz de estos descubrimientos, Galdós se asegura en la convicción de la falsedad e insulsez de los géneros de novela más favorecidos por el público. Y se orienta de modo más certero en su búsqueda de una novela española que corresponda al espíritu de los nuevos tiempos.

La concreción y claridad de las ideas le concentran y estimulan la vocación. «Entonces —dirá el propio Galdós— empecé a sentir con verdadera fuerza la vocación de novelista. Balzac y Dickens fueron los que más influyeron en mí». Esta influencia, sin embargo, tardaría todavía un poco en madurar, y cuajaría mucho más en la clarividente concepción galdosiana de lo que debería ser la novela española moderna que en métodos y recetas para su elaboración.

Galdós pide ayuda para publicar un libro

En abril de 1868, don Domingo Pérez Galdós y su esposa, doña Magdalena Hurtado de Mendoza y Tate, acordaron en Las Palmas, donde vivían, emprender un viaje. Se les había muerto en febrero el único hijo, Sebastián, de 12 años, y necesitaban, hasta que se repusieran del tremendo golpe, alejarse de los lugares que constantemente se lo recordaban. Como los viajes entonces eran tan pródigos en accidentes, y don Domingo, por otra parte, no andaba muy sobrado de salud, consideraron prudente hacer antes, en común, testamento cerrado. Y una vez tomadas todas las precauciones, embarcaron en el mes de mayo para la Península ⁴⁸.

Don Domingo, el mayor de los hermanos varones —tenía casi veinte años más que Benito—, había recibido de éste una petición de ayuda económica para publicar un libro. Y aunque no era tacaño, tenía sus reparos. Apoyando las aficiones literarias de su hermano ¿no contribuiría a distraerle de los estudios y le alejaría más de la Universidad? Y, por otra parte ¿qué valor tendrían aquellos cuentos que Benito quería publicar? Estando con estas dudas, encontró en Sevilla a Fernández Ferraz ⁴⁹, y aprovechó la ocasión para consultarle. Lo tratado en aquella entrevista es recordado, muchos años después, por Ferraz a Benito —ya todo un don Benito— en esta carta, que hasta ahora ha permanecido inédita:

Cartago (Costa Rica)
26 septiembre 1902

Sr. Don Benito Pérez Galdós

Muy querido amigo: Usted que tanto se alegró al saber de mí por la carta de Chavarría, bien comprenderá, sin que se lo diga yo, cuánto habrá sido mi contento viendo lo que usted mismo contesta al ingeniero, y para este crítico de *Electra*.

Bien sé que V. ha de recordarme siempre, y querer de veras a quien, antes que ningún otro de sus amigos, presintió y vio claro adonde llegaría V. con sus geniales producciones. Y buen testigo de esto sería su hermano mayor, si viviese, al cual dije en Sevilla, cuando en 1867 ⁵⁰, si mal no recuerdo, me preguntaba si, “publicando cuentos”, no descuidaría V. sus estudios de abogado y se pondría en ridículo “escribiendo libros”: “Su hermano Benito, Sr. de Galdós, siempre será un

abogado de verdad, un gran defensor de la justicia y acaso el primer escritor de España en este siglo y el que viene; mándele eso sin tardanza, para que no caiga en poder de editores que explotan el talento ajeno...”

Segundo viaje a Francia

Satisfecho con la respuesta de Fernández Ferraz, don Domingo, con su esposa, continuó el viaje hacia Madrid, donde seguramente Benito les sirvió de guía. Y una vez saciada la curiosidad en lo relativo a la villa y corte, salieron todos de ella, ya en junio, con rumbo a Francia. Conocido es lo que Galdós dice, con no poca confusión e inseguridad, en sus *Memorias*, respecto de este segundo viaje:

Heme aquí viajando por etapas: ferrocarril del Norte, frontera pirenaica, mediodía de Francia y Orleáns hasta dar fondo en la *ciudad luminosa*. Esta me fue tan hospitalaria como en mi etapa del 67.

De sus nuevas andanzas por París, Galdós apenas dice nada; lo había adelantado todo al tratar del primer viaje: que siguió comprando libros, que comprobó el adelanto de las obras de los bulevares... Mayores fueron sus andanzas, siempre en compañía de sus hermanos, por el resto de Francia en el viaje de regreso:

Por abreviar, referiré que fuimos por jornadas cortas a través de la bella Francia, hasta llegar a Bagnères de Bigorre, estación de baños en el Pirineo... [le sobrevienen unas dudas y continúa]. Sea lo que fuere, reanudo el hilo de la narración, relatando que en el delicioso pueblo de Bagnères de Bigorre [seguramente mientras sus hermanos tomaban baños] proseguí escribiendo *La Fontana de Oro* sin llegar a terminarla. Luego continuamos nuestro viaje ..

La atracción de la historia viva.

Final de «La Fontana de Oro».

Cuando Galdós, en compañía de sus hermanos, regresaba de Francia, se encontró con la revolución al llegar a Barcelona.

Mi familia —sigue diciendo Galdós— se asustó del barullo revolucionario, y como estaba anclado en el puerto el vapor *América*, correo de Canarias, nos fuimos a bordo para partir hacia las Afortunadas al siguiente día. Por la noche, desde el vapor, presenciábamos las demasías de la plebe barcelonesa, que se limitaron a quemar las casetas de consumos. Era una revolución de alegría, de expansión en un pueblo culto. Al amanecer, zarpó el *América* para Canarias, y como yo ardía

en curiosidad por ver en Madrid los aspectos trágicos de la revolución, rogué a mi familia que me dejase en Alicante, donde hacía escala el correo, y con tanto calor me expresé, añadiendo el pretexto de continuar mis estudios en la Universidad, que mi familia me dejó bajar a tierra. Del muelle corrí a la estación; poco después me metía en el tren para Madrid... A las pocas horas de llegar a la villa y corte, tuve la inmensa dicha de presenciar, en la Puerta del Sol, la entrada de Serrano Ovación estruendosa, delirante.

Sosegado su ánimo y aquietado un poco el ambiente, Galdós dio remate a *La Fontana*. «...sólo sus últimas páginas —dice él mismo— son posteriores a la Revolución de Setiembre»⁵¹. Y porque le parece de alguna oportunidad en los días que atraviesa España, a causa de la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos referidos en la obra y algo de lo que entonces pasa, se decide a publicarla.

Empezaba la disección galdosiana de los males españoles.

NOTAS

¹ "Fray Gerundio" [MODESTO LAFUENTE], *Teatro social del siglo XIX*, Madrid, 1854, I, p. 113.

² ANTONIO FLORES, *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad*, Madrid, 1863, Imp. Mellado, III, cuadro trece, pp. 179-194. Sobre este mismo punto, un paisano de Galdós, BENIGNO CARBALLO WANGÜEMERT, *Las Afortunadas. Viaje descriptivo a las Islas Canarias*, Madrid, Imp. de Manuel Galiano, 1862, p. 16, dice: "... hoy cuando las comunicaciones rápidas, el vapor y la locomotora permiten que se den la mano todos los países".

³ Discurso pronunciado por Francisco Martínez de la Rosa en la apertura de las cátedras del Ateneo, el 3 de noviembre de 1858, según reseña publicada en la "Revista de Instrucción Pública", IV, núm. 6, Madrid, 6 del mismo mes.

⁴ B. PÉREZ GALDÓS, *La Revolución de Julio*, en *Obras completas*, Madrid, 1950, III, p. 105 (Se citará siempre por esta edición). Se debe tener presente, sin embargo, que esto lo escribe Galdós cincuenta años después (1904), y que las obras históricas —y más aún las novelas históricas— reflejan con frecuencia en alguna medida las ideas del momento en que se escriben; es una verdad tan patente que no es necesario apelar a la autoridad de Luckats.

⁵ A. GIL DE ZÁRATE, *De la Instrucción pública en España*, Madrid, 1855, I, p. 206.

⁶ *Ibid.*, I, p. 169.

⁷ Por la ley de Moyano. La Facultad de Ciencias políticas y administrativas se incorporó en seguida, como sección, a la Facultad de Derecho. Con anterioridad, el proyecto de Ley de Instrucción pública presentado a las Cortes por el ministro de Fomento, Manuel Alonso Martínez, el 22 de diciembre de 1855 separaba por primera vez las Facultades de Ciencias y Letras, pero el proyecto seguía pendiente de discusión cuando las Cortes fueron disueltas el 15 de julio de 1856.

⁸ Quintana había redactado el proyecto de Universidad de Madrid, tomando como modelo el informe entregado por Condorcet a la Asamblea legislativa francesa en 1792, y lo había presentado en 1813 a las Cortes de Cádiz. Pero todos los planes de reforma quedaron paralizados con el regreso de Fernando VII. La Universidad había estado haciendo viajes de Alcalá a Madrid en los períodos liberales, y de Madrid a Alcalá en los absolutistas. Hasta la muerte de Fernando VII no se había asegurado su destino definitivo. ALBERTO JIMÉNEZ, *Historia de las Universidades españolas*, Madrid, 1971, pp. 295-309.

⁹ Es indiscutible la trascendencia del viaje de Sanz del Río a Alemania, pero me parece que se ha exagerado al considerarlo como final de la incomunicación española con los centros de enseñanza extranjeros. Principalmente desde el advenimiento de los Borbones, la apertura española a la influencia europea, aunque sólo en los altos niveles sociales, había sido muy amplia. Y desde comienzos del siglo XIX las frecuentes emigraciones políticas, ya se sabe, estaban dando lugar a subsiguientes importaciones de novedades. Los contactos con el extranjero en el campo de la enseñanza eran cada vez más frecuentes: a principios del siglo se habían introducido los métodos pestalozziano y lancasteriano; el ministro Moscoso había enviado a Londres algunos jóvenes para aprender los diferentes métodos empleados en la instrucción (1834); Ramón de la Sagra había visitado en 1838 las escuelas y los centros de beneficencia de Holanda y Bélgica (véase su libro *Voyage en Holland eet en Belgique*, París, Arthus Bertrand, 1839, y la versión española, *Relación de los viajes hechos en Europa*, Madrid, Imp. Hidalgo, 1944, etc. Gil de Zárate, principal coautor del plan de enseñanza de 1845, se había educado en un colegio de Passy (París), donde había permanecido nueve años.

¹⁰ JOSÉ ECHEGARAY, *Recuerdos*, Madrid, Ruiz Hermanos, Editores, 1917, I, p. 362. Sobre el nuevo estilo oratorio, véase J. ZULUETA Y GOMIS, *La oratoria de Castelar*, Barcelona, 1922.

¹¹ ANTONIO RUIZ SALVADOR, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, Madrid, 1971, p. 80.

¹² J. SANZ DEL RÍO, *Algunas consideraciones filosóficas sobre la situación actual del lenguaje*, en "La Razón", III, Madrid, 1861, pp. 89-90.

¹³ GUILLERMO ZELLERS, *La novela histórica en España. 1828-1850*, Nueva York, 1938.

¹⁴ REGINAL F. BROWN, *La novela española. 1700-1850*, Madrid, 1853, p. 36.

¹⁵ "El pecado político capital de Isabel II fue que, con su negativa a admitir a los progresistas en el poder, sometió a dura prueba su fidelidad a la dinastía, empujándoles a la revolución". RAYMOND CARR, *España 1808-1936*, Barcelona, 1968, p. 284.

¹⁶ Particularmente la Facultad de Derecho se convierte en un "verdadero centro revulsivo del clima ambiente a partir, sobre todo, de 1863". DOLORES GÓMEZ MOLLEDA, *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, 1966, p. 160.

¹⁷ En relación con uno de los más conspicuos, véase ANDRÉS OLLERO TASSARA, *Juan Manuel Ortí y Lara*, en "Anales de la Cátedra Francisco Suárez", núm. 11, fasc. 2, Granada, 1971.

¹⁸ FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS, *Dos reacciones literarias*, en "El Museo Universal", 6 y 13 de septiembre de 1863.

¹⁹ JUAN VALERA, *De la naturaleza y carácter de la novela*, en *Ob. compl.*, XXI, p. 21. La novela, como siglos antes los libros de caballería, era considerada, en general, como vía de escape de la plena realidad. Y Valera, por otra parte, debía de pertenecer a cierto sector de intelectuales que miraba con desdén la novela. J. F. MONTESINOS, *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, Valencia, 1955,

pp. XI-XII. Se explica así perfectamente que tardase tanto en aceptar las novelas burguesas de Galdós y en devenir él mismo novelista.

²⁰ VALERA, *loc. cit.*, p. 22.

²¹ Se seguía creyendo que "para pasar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) era indispensable pasarse por la calle del Príncipe, esto es, componer una obra para el teatro, como en pleno romanticismo". R. MESONERO ROMANOS, *El romanticismo y los románticos* (1837). Entre los intelectuales más selectos, que menospreciaban la novela, se seguía, por otra parte, considerando, como en pleno romanticismo, que las únicas sendas hacia la gloria eran las de la poesía lírica, épica o dramática. MONTESINOS, *ob. cit.*, p. XI.

²² Esta crónica, primera de una serie hasta ahora no aprovechada, y casi desconocida, se publicó en *El Omnibus* de Las Palmas del 17 de junio de 1863.

²³ En "La Nación", 9 de julio de 1865.

²⁴ En contra de lo que generalmente se piensa, creo que Galdós había vuelto hasta entonces todos los veranos a Gran Canaria. El de 1863, porque el 13 de octubre expuso al Rector que no había podido matricularse dentro del plazo, por habérselo impedido el viaje "que ha realizado desde Ultramar" (*Expediente académico*). De acuerdo con esta explicación, se halla la interrupción de la serie de crónicas que con el título de *Revista de Madrid* pensaba mandar a *El Omnibus* y que no pasó del primer artículo (17 junio). La estancia en Canarias durante el verano de 1864, parece probada por una noticia publicada en *El Omnibus* el 17 de septiembre, por las razones que exponen E. RUIZ DE LA SERNA y S. CRUZ QUINTANA en *Prehistoria y Protohistoria de Benito Pérez Galdós*, Las Palmas, 1973, cap. XXI, y, como en el año anterior, por la razón de "haberse detenido involuntariamente viniendo de Ultramar", que da el 7 de octubre al Rector para que le conceda la matrícula fuera de plazo.

²⁵ En la Casa Museo Pérez Galdós se conserva la lista, muy interesante de los libros que adquirió en 1865 y 1866.

²⁶ Recuérdese cómo en *Un viaje redondo* (1861) ya vuela el bachiller Sansón Carrasco por encima de los tejados.

²⁷ LARRA, en *Todo el año es máscaras* y en *Donde las dan las toman*; MESONERO, ligeramente en *La almoneda*. A Larra y a Mesonero los tiene Galdós en la uña.

²⁸ "Impelido por intensa curiosidad, dedicóse el incipiente lector a los maestros alemanes. Devoró a Goethe y Schiller; se enredó luego con Enrique Heine...". Esto dice Galdós de Vicentito Halconero, *España trágica*, III, p. 873; pero ya es sabido que Galdós transfiere a Vicentito mucho de su propia biografía. En lo que toca a este punto de las lecturas, existe una gran coincidencia entre los libros que devora Halconero y los que figuran en la ya citada lista de adquisiciones de su creador.

²⁹ De este período y de otros muchos puntos que aquí, por falta de espacio, se tocan sólo de paso, me ocupo con más atención en el libro, próximo a aparecer, *Galdós. Años de aprendizaje en Madrid*.

³⁰ Se hospedaron en el hotel del Cheval Blanc, rue de l'Hirondelle, 24. Véase PEDRO ORTIZ ARMENGOL, *Prólogo de Galdós en París*, en "La Estafeta Literaria", núm. 373, 1.º junio 1867. Una biografía más detallada de Benito Galdós, en mi libro *Canarias en Galdós*, que se encuentra en prensa.

³¹ Esto fue casi como bautizarle de liberal. Habrá que alejar definitivamente de la madre de Galdós la torpe imagen de una mujer intransigente, intolerante, modelo de doña Perfecta y de otras figuras odiosas. Habrá sido, tal vez, una mujer de carácter, un poco autoritaria, pero nada más.

³² Que el novelista tuvo conocimiento de la vida de su tío, parece demostrado por coincidencias como ésta: el 22 de mayo de 1836 Benito Galdós fue herido por bala de fusil en la pierna izquierda durante la acción sobre Aránzazu, y Fernando Calpena, el protagonista de la tercera serie de los *Episodios Nacionales*, fue herido, de bala, en una pierna, por una partida facciosa, en el mismo monte Aránzazu. La vida de su tío Benito constituye una de tantas fuentes de elementos que el escritor reelabora y aprovecha libremente, según las exigencias de la creación.

³³ La relación por los ancianos de los sucesos de su vida es tan natural y frecuente, que en no pocas novelas históricas se finge que la narración que en ellas se ofrece no es sino la transcripción de una de estas relaciones; sin ir más lejos, en *La Fontana de Oro* y en la primera serie de los *Episodios Nacionales*.

³⁴ Las *Crónicas*, fechadas en Las Palmas el 10 de noviembre, aparecieron en los números de "El Omnibus" correspondientes al 17 y 21 del mismo mes; la *Necrología*, fechada, también en Las Palmas, el 29 de noviembre, se publicó en el mismo periódico el 1.º de diciembre.

³⁵ En "La Nación", 10 febrero 1868.

³⁶ En *La de los tristes destinos*, III, p. 700.

³⁷ Según refiere el propio ESTÉVANEZ en sus *Memorias*, Madrid, 1903, p. 211.

³⁸ *La de los tristes destinos*, p. 701.

³⁹ *Ibid.*, p. 699.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 705.

⁴¹ "El Bachiller Corchuelo" [E. GONZÁLEZ FIOLE], *Nuestros grandes prestigios. Benito Pérez Galdós*, en "Por esos mundos", Madrid, 1919, tomo XXI.

⁴² El croquis costumbrista de las visitas de días, figura entre los primeros en que se nota la influencia de Jouy y entre los más repetidos, con mayores o menores variantes, por los cultivadores españoles del género: Larra, Mesonero, Cominges, Segovia, Cortada y Sala, etc. Galdós volverá a ocuparse del mismo tema muchos años después.

⁴³ Véase en E. VARELA HERVÍAS, *Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos*, Madrid, 1943, pp. 14-15. Carta del 18 de mayo de 1875.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ "La Nación", 9-I-68.

⁴⁶ *Ibid.*, 9-I-68.

⁴⁷ *Ibid.*, 9-III-68.

⁴⁸ GUILLERMO CAMACHO Y PÉREZ GALDÓS, *Ascendencia de los Pérez Galdós*, en "Anuario de Estudios Atlánticos", 1973, p. 590.

⁴⁹ Valeriano Fernández Ferraz, canario también, había sido profesor de Benito Pérez Galdós en el preparatorio de Derecho, y se hallaba en Sevilla como catedrático de Griego, en la Universidad, en virtud de un concurso al que no se había presentado; se le había querido alejar de Madrid por su intervención en la cuestión universitaria.

⁵⁰ Como se puede ver, recordaba mal, porque la entrevista fue en 1868. Los cursos, repartidos entre dos años —en el caso presente, 1867-68— impiden a los profesores, que viven por cursos, saber exactamente en qué año ha sucedido una cosa.

⁵¹ En la nota preliminar a *La Fontana*.